

Ignacio de Loyola, escritor

IGNACIO IGLESIAS
 Director de «Manresa»,
 Revista de Espiritualidad Ignaciana, Madrid

Una nota, a pie de página, marginal, al magnífico y documentado estudio del Prof. Manuel Alvar. Ha afirmado el Profesor: «Ignacio escribía como hablaba». Añado: Y hablaba lo que vivía. Como vivía. Para vivir. Y para hacer vivir.

Sin duda Ignacio no es un literato. En la Autobiografía se autorretrata sólo como «buen escribano» (Aut. 11). Pero hubiera podido ser un excelente narrador. Tiene para ello una excepcional capacidad de observación, una gran memoria de hechos y detalles, intuición para relacionar acontecimientos y centrarlos, y para desentrañar lo que él llamará «el fundamento verdadero de la historia» (Ejercicios, 2). Sus análisis personales de situaciones de Iglesia y de evangelización revelan al hombre enterado y reflexivo. Finalmente tampoco le faltó imaginación, sin duda alimentada por la novelística de su tiempo, que «era muy dado a leer», y que encontraba en su temperamento soñador (así se autorretrata-Aut. 6) una sensibilísima caja de resonancia.

De sus calidades de narrador nos queda el valiosísimo testimonio de su relato, —la Autobiografía dictada—, que resulta un apasionante libro de viajes al interior de sí mismo, dentro de la trama de otro viaje exterior lleno de peripecia y de dramatismo, rasgos todos que le han convertido en un libro clásico en este género literario. Otras páginas, las providencialmente salvadas de su *Diario espiritual*, no destinadas a salir de su propio ámbito personal, sino narración y memoria para sí mismo, revelan al observador fiel, para quien todo detalle está cargado de sentido, es palabra y comunicación de Otro.

Como buen conservador que fue, a quien le va el cara a cara, el tú a tú, Ignacio hubiera podido también ser (y hasta un cierto punto lo fue) un buen epistológrafo. Así se manifiesta en las cartas redactadas directamente por él y no es difícil descubrir sus rasgos propios en el

resto, hasta las más de siete mil firmadas por él. Su estilo coloquial directo y concreto, su frescura, la viveza e inmediatez de sus reacciones, la proyección de su persona en sus argumentos... le hacen inconfundible.

Pero estuvo bien lejos de su intención hacer de sus cartas piezas literarias. Precisamente Bobadilla, uno de sus compañeros de lengua y pluma más libre, se atreverá a criticarle y echarle en cara sus incorrecciones, lo que da origen a una de las más bellas y típicas cartas de un Ignacio a la vez agradecido y aleccionador sobre el género (Roma 1543, Epp. 1, 277-282).

Pero es claro que ni de la narración, ni del epistolario, quiso hacer Ignacio un género literario propio. Su más profunda relación con la historia es haberla descubierto como lugar teológico de su personal experiencia de Dios y de la experiencia que intenta servir en otros. Ya este dato fundamental serviría para significar a Ignacio con luz propia entre otras corrientes y estilos espirituales, que él conoció, de los que se ayudó, pero de los que no dependió.

Escribir para él nunca fue un fin en sí mismo. Fue claramente un medio para un fin bien distinto: «ayudar a otros». Esto da a sus escritos, a su vocabulario y a sus giros gramaticales, con frecuencia arcaizantes, como se ha dicho, un carácter típico. Es el estilo de un vitalista, de un hombre de acción. Si escribe no es por necesidad de expresar sus vivencias, ni de dejar para la historia memoria viva y bella de sus hechos y andanzas, sino pura y llanamente por ayudar a HACER y por mover a HACER. Esto es lo que le movió a escribir los Ejercicios (Aut. 99), —motivación que queda reflejada en su mismo título—, lo es también del relato de su vida¹, y ésta es también la finalidad obvia de su epistolario.

Literatura para HACER², se ha dicho del texto de los Ejercicios. Y para mover a hacer. Justamente se ha resaltado la capacidad de este texto, verdadero manual de gimnasia interior destinado al entrenador, el que da Ejercicios, para generar otros textos³. El texto original, el que tiene entre manos el que los da, genera por su propio dinamismo interior, el que éste entregará al que los hace, habida cuenta de su personal necesidad; el que hace los Ejercicios produce a su vez su propio texto con el que se refiere a Dios durante el ejercicio; y finalmente surge el texto de Dios, cifrado en movimientos de consolación, desolación..., texto que pasa a ser historia viva y nueva, que se va produciendo, y que bajo la iluminación del texto primero, el de Ignacio, ha de ir siendo leída e interpretada por el que da los Ejercicios y por el que los hace, en una lectura dinámica, que va conduciendo y profundizando la experiencia.

¹ Prólogo del P. Luis Gz. da Cámara al relato autobiográfico de Ignacio de Loyola, n. 4.

² *Gli Scritti di Ignazio di Loyola*, a cura di Mario Gioia, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1977, pg. 67.

³ ROLAND BARTHES, *Sade, Fournier, Loyola*, París, 1971, pg. 43-80.

El vocabulario de Ignacio es típicamente el de un hombre de acción. Por eso es corto, esencial, pero dotado de una gran fuerza interior dinamizadora. Es un placer, fácil para entendidos, explorar los grandes núcleos del vocabulario ignaciano en los que se arracima, en familia, no lingüística sino vital, lo más auténtico de su terminología habitual.

Uno de los núcleos, por ejemplo, que salta a la vista apenas abiertas las páginas de los textos ignacianos, gira alrededor de la acción: HACER, OBRAR (acciones, obras) y sus verbos y sustantivos instrumentales, SERVIR, AYUDAR (servicio, ayuda), —con mucho los términos más recurrentes en el vocabulario ignaciano— «ser instrumento» «hacerse instrumento», o sus contrarios «impedimento», «desayudar»..., o sus numerosos armónicos, como son todos los referidos a la obra por excelencia, la MISION, el encargo, que ha de ser realizado.

Un segundo núcleo se trama alrededor del término UNION (unión con Dios, unión y congregación de personas, unión de los ánimos, unión mística...), o sus opuestos, «división», «dispersión»... También alrededor de este núcleo, y como su instrumentación, se arracima toda una serie de conceptos operativos: orden, «ordenación», «coordinación», «subordinación», «comunicación de personas»... y sus contrarios, «desorden»... Condensado visible de todo será uno de los términos más tenazmente utilizados por Ignacio, el sustantivo central CUERPO, trabado de «miembros», animado por una «cabeza» de la que «desciende el influxo», cuya destilación final la encerrará Ignacio en el término que constituirá la denominación de origen de su obra más visible: COMPAÑIA.

Finalmente un tercer ejemplo, el del vocabulario aglutinado alrededor de un objetivo vital de primera magnitud evangélica: la LIBERTAD. Y no sólo el resultado final, como aspiración de quien se experimenta «encarcelado» y «desterrado»⁴, sino el núcleo generador de un proceso de liberación de «afectos», «afecciones», mediante una dinámica, instrumental también, de «abnegación», «mortificación», «salir de su propio amor, querer a interesse»..., que no son para Ignacio acciones negadoras, sino afirmaciones de la persona por vía de adhesión al Absoluto.

Bastan estos apuntes para concluir que una interpretación completa del léxico y del estilo ignacianos no es posible sin partir de esta su visión personal vitalista, que lleva sus palabras mucho más allá del mero enraizamiento cultural y filológico y que le hace creador de terminología propia y cincelador de formulaciones que, por su sobriedad, precisión y densidad de verdad, siguen hoy constituyendo pautas de pensamiento y de acción para la humanidad.

⁴ *Ejercicios Espirituales*, 47.